

Homenaje a Dor

El día 10 de Enero falleció en México D. Luis Ríos Azcoitia. La Revista Malena testimonia su dolor a su esposa, hijos, hermana y demás familiares por la pérdida de un taranconero de pro y reproduce una muestra de su astro poético.

Nace en Tarancón el día 1 de Noviembre de 1931; se traslada con sus padres a Francia en 1936 y de allí a México en 1939.

Doctor en Letras por la Universidad de México. Fundador y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato y de México. Funda y dirige la revista "Clavileño y Segrel". Colaborador de

"Cuadernos Americanos", "Revista Mexicana de Literatura", "México en la Cultura" y otras. Biógrafo de León Felipe sobre el que tiene escrito y publicado un ensayo.

Obra poética publicada: "Canciones de Vela" (1951) "Canciones de ausencia" (1954) "Canciones de amor y sombra" (1965) y muchas obras en poesía.

Lleno de ti; por ti desconsolado.
Mientras más de tu amor la llama crece,
más en mi corazón abandonado
la soledad se aviva, se enardece.
Y si más rigurosa y prolongada
tu esquivéz, con más vida reverdece
la flor de mi esperanza enamorada.

En confusos latidos, y turbados,
mi corazón, contigo prisionero,
dolor y gozo siente aparejados,
porque sólo en tu amor temo y espero.
Es mi agonía cruel, como de amante;
que en un mismo suspiro vivo y muero,
y nazco y me aniquilo en cada instante.

[Canciones de amor y sombra]

Voló mi amor, voló
a la copa del árbol;
mi amor suave, ligero
como un pájaro.

Yo aquí abajo llamándolo.

Te llevaste mis ojos,
cuervo por mi criado.
Ahora me verán ciego
mis ojos desde lo alto.

[Canciones de amor y sombra]

Tú me heriste de vida, sin quererlo,
sin esperarlo yo, súbitamente.
Fue al verte ir y ver tu cuerpo y verlo
ondular suave, hermoso, indiferente.

Te llamé entonces, y al volver la cara
cuánta ansiedad en mí de ti miraste,
que cediste sumisa a que mirara
yo tu ansiedad también. También callaste.

Se me detuvo el corazón. Un fuego
me fue encendiendo el pecho y la garganta.
Valiente era tu herir, de vida. Luego,

con no acercarme, con temer mi suerte,
con no atreverme a tanta entrega y tanta,
yo solo fui el que se hirió de muerte.

[Canciones de amor y sombra]

Se enamoraban al anochecer.
Se enamoraban.
En el día iban solos por las calles
sin recuerdos, sin pena, sin nostalgia.
No se reconocían
al cruzarse. Llevaba

cada uno su cuenta
de los árboles muertos
y de las flores deshojadas.
Pero caía la tarde y existía
para ellos una alceba callada.
El la miraba siempre desnudarse:
la silenciosa falda,
las medias leves,
la última seda aún cálida.
Luz y asombro en la sombra.
La sed desparramada
por la piel sigilosa. Delicado
sentir. Y la impaciencia. Y la batalla.

Al anochecer era, muerto el día.
Se enamoraban.

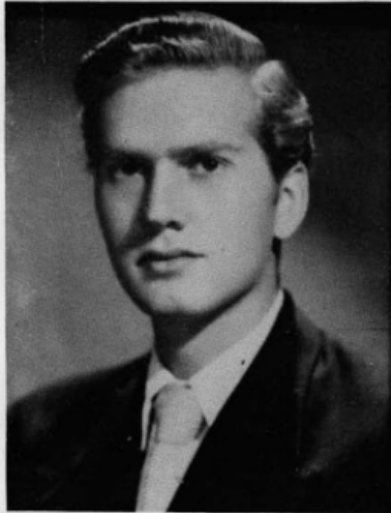
[Canciones de amor y sombra]

Ya no extraña a ti misma, ya no ausente:
en mis manos desnuda, compartida
tu intimidad más casta y escondida,
tu pudor derrotado largamente.

Sería dulce el silencio, no doliente:
no tu mirada inhóspita: rendida.
Afuera tiembla abril de tanta vida
que tú rechazas obstinadamente.

Más tu pudor me enciende, más tu miedo,
que todo tu blancor y tu hermosura.
Más quisiera poder, porque no puedo,
tu llanto vulnerar que tu rintura.

[Canciones a Pilar Ríos]



BREVIARIO DE CACERÍA

Se echó el fusil a la cara,
tiró al tiempo que apuntaba

con buen tino y mejor maña.
Le partió un ala.
Ni por alto que volara
Ni por su leve sustancia
ni por ser ave de estampa
se salvaba.
Era diestro el cazador.
... El ángel se desplomaba.

Cazaba el tigre palomas
—en las fauces las traía—,
él pensaba que eran flores,
manjar que nunca comía.
A la tigre se las daba
al llegar a su guarida.
Ella lo amaba por eso:
por su mucha cortesía.

Transfigurado por el vuelo suave,
su cuerpo, que en ausencia el traje muda
desde el pudor hasta la entrega duda
en los primeros giros, cauto y grave.

Pero la bailarina al cabo sabe
que el volar la enajena, la demuda,
y ya es de pronto la mujer desnuda
que tiembla, libertada, como un ave.

Por su aire mismo, airoso, desceñida
de encajes y de sedas y colores,
sólo es blancura, piel estremecida

por ráfagas de hielos y de ardores.
... ¡Y esa sonrisa súbita, aprendida
de una diosa o un ángel bailarines!

[Canciones a Pilar Rioja]

No existe esposo menos esposado
ni esposa tan casada y tan soltera
como aquella paloma mensajera
y este palomo a no volar penado.

Andar como quien busca
desde siempre un misterio,
paso a paso; y de pronto
—sin sorpresa— ¡el encuentro!
... Detenerse con garbo,
sonreírle ... y perderlo.

[Canciones a Pilar Rioja]

Como esa única flor, que es más hermosa
porque tiene por dentro una tristeza
que las flores no tienen;
como ese único sauce que no llora,
sino que en la ribera se sonríe
por sentirse vivir, sencillamente,
mi amor no existió antes de encontrarte;
mi amor eres tú misma; soy tú; es, eres
como flor triste o sauce sonriente.

[Canciones a Pilar Rioja]

Siglos tardó la Gracia en dar mesura
exacta a ese ademán, a ese desplante,
a ese quiebro genial de tu cintura
... para que se destruya en un instante.

Vértigo da ver el morir constante,
tanto ser y no ser de la hermosura
de un cuerpo que dibuja alucinante
el desdibujo de su arquitectura.

¡Qué ansia de detener su movimiento
por no ver derramarse en un momento
tan total perfección como contiene,

nacida del rigor, no del acaso!
Sí, podrías ser estatua a cada paso ...
Pero a la danza nada la detiene.

[Canciones a Pilar Rioja]

Si te cazara, gacela,
mal harías en quejarte;
vivirías en un jardín,
no en este bosque salvaje,
agua clara beberías
en un sosegado estanque;
yo te cuidaría, gacela,
de los fieros animales,
ya no tendrías que huir
siempre acosada, tan frágil.
Los saltos que tú saltaras
serían por gusto del aire.

No es por ocio ni es por hambre:
si vengo detrás de ti
días y más días buscándote,
siguiéndote, persiguiéndote,
acosándote.
es porque vengo a matarte.
Y no te quiero en mi casa
para lucirte o mirarte,
ni como manjar te quiero,
tú lo sabes.
Tampoco quiero tu piel
ni lo mucho que ella vale.
No quiero más que encontrarte,
tenerte por fin a modo
para tirar y matarte;
ver cómo te rompe el pecho
la bala con que te alcance
y te derrumbas y ruedas
por entre los matorrales.
No te quiero para nada.
Es sólo por ver tu sangre.